

# EL MERCADO DEL MARTES

Autor

JALED ES-SAWI

Traducción del árabe

JOSÉ LUIS LÓPEZ HABIB

*El Colegio de México*

CARMELINA RAMÍREZ

*Centro de Estudios de África y Medio Oriente*

*La Habana, Cuba*

El martes en la mañana va al mercado a comprar cualquier cosa. Busca algo que le haga decir “esto es lo que estaba buscando... por fin lo encontré”.

La mañana de los martes, el mercado se colma de gente y suele ser desagradable. Se respiran olores putrefactos. La gente aparece en disonancia con las voces, los colores y el movimiento. Busca, recorre con la mirada los aparadores de las tiendas, los negocios, los kioscos, los carritos de los vendedores ambulantes, las cajas donde juegan los bebés de los comerciantes; no encuentra lo que busca, no encuentra lo que reclama tener. Se detiene frente al vendedor de bebidas alcohólicas, la tienda tiene un cartel con letras grandes, las vitrinas empolvadas muestran rodajas de pasterma. Piensa comprar una botella de brandy. Se palpa el bolsillo lleno (la noche anterior recibió el salario del mes. Por esto pierde la felicidad del mes. Por esta plenitud soporta la rutina durante todo un mes). Piensa comprar una botella de whisky pero cambia de opinión, busca y sigue buscando. Una caravana de muchachas pasa junto a él obligándolo a desviar la mirada hacia ellas. Las muchachas están encadenadas del cuello, de las muñecas y de los tobillos. Encabezan la larga cadena una mujer de cabellos dorados y otra de piel oscura, encadenadas también. El mercado se tranquiliza un poco. La gente observa detenidamente la larga fila

de mujeres. Han puesto una mesa grande de madera. Las muchachas suben al improvisado escenario ayudadas por el vendedor: atractivo, delgado, de bigote dibujado y voz melodiosa. Las presenta una por una. Toma el micrófono para iniciar la sesión de venta. Lentamente se les acerca. La gente reflexiona y vuelve a armar escándalo porque, una vez más, no hay consenso. Voces masculinas se alzan e invaden toda la plaza. El delgado y atractivo joven toma el micrófono para iniciar la promoción de su mercancía proveniente de las Filipinas, Siria y Turquía; las europeas tienen precios elevados, las americanas son singulares y las africanas de bajo precio.

Se acerca al escenario con paso lento... perezoso. En aquel momento el vendedor reclama la atención de los asistentes: en sus manos están las respuestas a cualquier pregunta. Como siempre, propone la mercancía de tal manera que resulta difícil rechazarla. El vendedor le pregunta inesperadamente:

—¿Cómo la prefiere, señor?

Le contesta con una disculpa:

—Tú no tienes lo que yo busco.

El vendedor, de manera atractiva y astuta, reitera la pregunta:

—Entonces, ¿cómo la prefiere?

Él repite su respuesta:

—Tú no la tienes.

El vendedor le sonríe ampliamente:

—Si no estuviera convencido de lo que tengo, entonces para qué ha venido al mercado; si usted no confía en que yo tengo lo que desea, entonces por qué se queda ahí parado. Espere de mí una confirmación: yo le garantizo que tengo lo que usted desea.

Entonces le dice inesperadamente:

—La quiero diabólicamente bella, con garras por uñas, el cabello revuelto, y con una figura intensa y ardiente; no la quiero pura ni habladora, la quiero muda.

Por un momento la muchedumbre guarda silencio hasta que el atractivo vendedor se sonríe simple y tranquilamente.

—Sepa usted que la tengo... oscura hasta la embriaguez, ni alta ni baja sino de una talla muy apropiada... la cintura redon-

da... ésa es ella... sin nombre, y usted puede ponerle el que quiera.

La contempla. Es la encarnación de su sueño. La gente aplaude con vehemencia. El diestro vendedor, que se había inclinado ante ellos, se levanta rápidamente, coge la caja y coloca a la salvaje mujer muda en su interior. Le entrega el instructivo de operación, mantenimiento y alimentación, y de cómo hacerle el amor. Agradecido le da la caja. Él la toma sin sonreírse; su cara refleja tranquilidad. Siente que es precisamente lo que había buscado, y se aleja satisfecho.

Ya en su habitación, saca a la mujer de la caja y vuelve a armarla. Descubre que tiene un pecho suplementario, con una pequeña identificación. Es un pecho tranquilo que porta una tarjeta del vendedor con su número telefónico y su dirección. Lo llena de agua, le pone flores blancas y lo cuelga de un perchero que luego coloca cerca de su ventana metálica.

Regresa con la mujer y al abrazarla descubre que palpita. Percibe su respiración, siente su cuerpo caliente. No hablan. Su pulso aumenta. Ella lo abraza...

Al final de la noche le quita las extremidades, la dobla y vuelve a meterla en la caja.

Por la mañana se levanta... se prepara para ir al trabajo... recomienza la rutina.

Se abotona la camisa desde el último botón, se ajusta la corbata al cuello; frente a él pasan con tazas de café, observa las colillas de cigarros arrojadas sobre los asientos fríos del café, los dedos de las secretarías asomando de las sucias chanclas, a la secretaria embarazada que le corre el sudor por la frente, las hojas atadas con un nudo... termina por quitarse la corbata, enrollarla y ponerla en el bolsillo derecho de su saco, cierra el cajón vacío del escritorio y se marcha a la hora de la salida.

Regresa a casa, la saca de la caja, la aparta, la vuelve a armar, la abraza... su pulso en ese momento deja de latir, la abraza aún más, se para y la coloca en la caja.

Va al trabajo... regresa a casa, abre la caja, su pulso se va apagando cada vez más, camina de un lado para otro, abre, calla, la abraza, la coloca, calla, calla, calla.

Tras un periodo impreciso...

Saca sus órganos, que emiten sonidos molestos, ruidosos.

Lee el instructivo... la llena de aceite... el fastidioso chirrido aumenta, comprueba que ella se oxidó... se levanta... la carga... y termina por ponerla en el bote de la basura... luego regresa a su cama, todos sus órganos emiten el ruidoso chirrido.

Se queda inmóvil hasta el amanecer, hasta que una capa de óxido herrumbroso lo cubre completamente.

En la ventana metálica están las flores blancas puestas en la húmeda fosa. Necesitaban alguien que las regara. Claramente se ve que pedían agua. ❖